

Tess Gerritsen

DIME LA VERDAD

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell

Título original: *I Know a Secret*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2017 by Tess Gerritsen
© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-647-8
Depósito legal: M. 24.613-2019
Printed in Spain

A la divina Margaret Ruley

1

A los siete años, aprendí la importancia de llorar en los funerales. Ese día de verano en concreto, el que iba en la caja era mi tío abuelo Orson, recordado por el tufo de sus puros, por su halitosis y por el descaro con que se peía. En vida me había hecho muy poco caso, como yo a él, con lo que su muerte no me había afectado en absoluto. No entendía por qué debía asistir a su funeral, pero eso no es algo que te permitan decidir con siete años. Así que ese día estaba retorciéndome en un banco de la iglesia, aburrída y sudando mi vestidito negro, preguntándome por qué no me habían dejado quedarme en casa con papá, que se había negado a acompañarnos arguyendo que no quería ser tan hipócrita de fingirse triste por la muerte de un hombre al que detestaba. Yo no sabía lo que significaba *hipócrita*, pero sabía que yo tampoco quería serlo. Sin embargo, allí estaba, estrujada entre mi madre y mi tía Sylvia, obligada a escuchar los elogios vacíos de un eterno desfile de personas sobre el mediocre tío Orson. «¡Un hombre orgulloso de su autonomía!» «¡Lo apasionaban sus pasatiempos!» «¡Cuánto le gustaba su colección de sellos!»

Nadie hablaba de lo que le apeataba el aliento.

Durante aquel funeral interminable, me entretuve estudiando las cabezas de los que teníamos sentados delante. Vi que tía Donna llevaba el sombrero espolvoreado de caspa y

que tío Charlie se había quedado traspuesto y se le había la-deado el bisoñé, que parecía una rata parda intentando tre-parle por la sien. Hice lo que habría hecho cualquier niña de mi edad.

Solté una carcajada.

La reacción fue inmediata. Se volvieron a mirarme, ceñu-dos. Mi madre, muerta de vergüenza, me clavó en el brazo cinco uñas bien afiladas y espetó furiosa:

—¡Para ya!

—¡Es que se le ha caído el bisoñé y parece una rata!

Me hincó aún más las uñas.

—Ya hablaremos de eso luego, Holly.

Al llegar a casa no hablamos de nada. Me gritó y me soltó un bofetón, y así aprendí cómo debía portarme en un funeral. Aprendí que hay que estar triste y callado y que, a veces, has-ta hay que llorar.

Cuatro años después, en el funeral de mi madre, me esforcé por derramar abundantes lágrimas, porque eso era lo que todos esperaban de mí.

En cambio, hoy, en el de Sarah Basterash, no sé si alguien espera que llore. Hacía más de diez años que no veía a esa chica, a la que conocí en el colegio como Sarah Byrne. Nunca fuimos íntimas, con lo que no puedo decir que lamente su pérdida. De hecho, solo he venido a Newport por curiosidad. Quiero saber cómo ha muerto. Necesito saberlo. «Qué horri-ble tragedia» es lo que murmuran todos los que me rodean en la iglesia. Su marido estaba de viaje, Sarah había bebido y se quedó dormida con una vela encendida en la mesilla. El incendio que la mató fue un accidente. O eso dicen todos.

Eso es lo que quiero creer.

La pequeña iglesia de Newport está hasta arriba, repleta de amigos que Sarah hizo durante su corta existencia, a mu-chos de los cuales no conozco. Tampoco conocía a su marido,

Kevin, que en circunstancias más felices me habría parecido un hombre bastante atractivo, alguien a quien podría haber intentado conquistar, pero al que hoy veo destrozado. ¿Es eso lo que te hace el dolor?

Me vuelvo a inspeccionar el templo y veo a una antigua compañera de instituto, Kathy, detrás de mí, con la cara llena de churretes y el rímel corrido de llorar. Lloran casi todas las mujeres y muchos de los hombres, porque una soprano está cantando ese viejo himno cuáquero, *Simple Gifts*, que, por lo visto, siempre hace llorar. Kathy y yo nos miramos a los ojos un instante: los suyos, inundados de lágrimas; los míos, fríos y secos. He cambiado tanto desde el instituto que dudo que me reconozca, pero parece hipnotizada, como el que ve un fantasma.

Miro de nuevo al frente.

Cuando acaba *Simple Gifts*, también yo he conseguido llorar, como los demás.

Me incorporo a la larga fila de personas que quieren dar el pésame a la familia y, al pasar por delante de la caja abierta, contemplo la fotografía de Sarah, expuesta en un caballete. Solo tenía veintiséis años, cuatro menos que yo, y en la foto se la ve cándida, con un rubor en las mejillas y sonriente, la misma rubia guapa que recuerdo de nuestra época escolar, cuando yo era esa niña en la que nadie se fijaba, ese ser invisible que las rondaba. Y aquí estoy, con la piel aún rebosante de vida mientras Sarah, la menuda y bella Sarah, no es más que un puñado de huesos carbonizados en una caja. Estoy convencida de que eso es lo que piensan todos cuando miran la imagen de Sarah antes del incendio: ven el rostro sonriente de la foto e imaginan la carne calcinada y el cráneo ennegrecido.

Avanza la fila y ofrezco mis condolencias a Kevin.

—Gracias por venir —me susurra.

No tiene ni idea de quién soy ni sabe de qué conocía a Sarah, pero me ve las mejillas manchadas de lágrimas y me coge la mano con fuerza, agradecido. He llorado por su esposa muerta y con eso basta para pasar el filtro.

Salgo discretamente de la iglesia al frío viento de noviembre y me alejo a buen ritmo porque no quiero que Kathy ni ningún otro conocido de mi infancia termine abordándome. He conseguido evitarlos a todos durante años.

O quizá me evitaban ellos a mí.

Solo son las dos de la tarde y, aunque mi jefe de Booksmart Media me ha dado el día libre, me planteo volver a la oficina y ponerme al día con el correo y las llamadas. Soy la publicista de una decena de autores y debo programar sus apariciones en los medios, enviar las galeradas y escribir cartas de presentación. Pero antes de volver a Boston, quiero hacer otra parada.

Voy a casa de Sarah, o lo que antes era su casa. Ahora ya no es más que un montón de restos calcinados, maderas carbonizadas y ladrillos manchados de hollín. La cerca de madera blanca que rodeaba el jardín está rota y aplastada, destrozada por los bomberos al arrastrar las mangueras y las escaleras desde la calle. Cuando llegaron, la casa ya debía de ser un infierno.

Bajo del coche y me acerco a las ruinas. El aire aún huele mucho a humo. Plantada en la acera, todavía distingo el destello de un frigorífico de acero inoxidable enterrado en medio de ese estropicio renegrido. Con solo un vistazo al vecindario, ya sé que debía de ser una casa cara, y me pregunto a qué se dedicará el marido de Sarah o si será de familia pudiente. Una ventaja que yo, desde luego, no he tenido.

Una ráfaga de viento me enrosca las hojas secas en los pies y su crujido me trae a la memoria otro día de otoño, hace veinte años, cuando yo tenía diez y deambulaba por el bos-

que pisoteando la hojarasca. Ese día aún ensombrece mi vida y es la razón de mi presencia aquí hoy.

Contemplo el homenaje improvisado en honor a Sarah. La gente ha ido llevando ramos de flores y veo un montículo de rosas, lirios y claveles marchitos, tributos florales a una joven visiblemente querida. De pronto me fijo en una planta que no forma parte de ningún ramo y que alguien ha dejado sobre las otras, como con prisa.

Es una hoja de palma, símbolo de martirio.

Siento un escalofrío y me retiro. Por encima del palpitar de mi corazón, oigo que se acerca un vehículo y, al volverme, veo un coche de la policía de Newport que aminora la marcha hasta casi detenerse. Como lleva las ventanillas subidas, no le veo la cara al agente, pero sé que me está haciendo la ficha al pasar. Me voy y me refugio en mi coche.

Me quedo allí sentada un rato, esperando a que me bajen las pulsaciones y dejen de temblarme las manos. Vuelvo a mirar las ruinas de la casa y recuerdo de nuevo el rostro de Sarah a los seis años. La hermosa y menuda Sarah Byrne dando botes en el asiento del autobús escolar, delante de mí. Esa tarde íbamos cinco en el autobús.

Ya solo quedamos cuatro.

—Adiós, Sarah —susurro; arranco el coche y vuelvo a Boston.

Hasta los monstruos eran normales.

La mujer tendida al otro lado del ventanal podía parecer tan humana como cualquiera de los pacientes de aquella UCI, pero la doctora Maura Isles sabía que Amalthea Lank era un monstruo. En el interior de aquel cubículo se encontraba la criatura que le había producido pesadillas, que había ensombrecido su pasado y cuyo rostro presagiaba el futuro de Maura.

«Esa es mi madre.»

—Sabíamos que la señora Lank tenía una hija, pero no que vivía tan cerca, en Boston —dijo el doctor Wang.

¿Detectaba en su voz una pizca de censura? ¿Acaso desaprobaba que hubiera descuidado sus obligaciones filiales y no se hubiera presentado antes junto al lecho de muerte de su progenitora?

—Es mi madre biológica —dijo Maura—, pero yo no era más que un bebé cuando me dio en adopción. Supe de su existencia hace solo unos años.

—¿Se llegaron a conocer?

—Sí, pero no hemos hablado desde... —Se interrumpió. «Desde que juré que no volvería a tener nada que ver con ella.»—. No he sabido que estaba en la UCI hasta que me ha llamado la enfermera esta tarde.

—Ingresó hace dos días, cuando empezó a tener fiebre y le bajó en picado el recuento de glóbulos blancos.

—¿En cuánto lo tiene ahora?

—Los neutrófilos, que son un tipo específico de glóbulos blancos, los tiene solo en quinientos. Debería tener el triple.

—Habrán iniciado un tratamiento antibiótico empírico...

—Lo vio parpadear sorprendido y dijo—: Perdone, doctor Wang, debería haberle comentado que soy médico. Trabajo en la oficina del forense.

—Ah, no lo sabía. —Se aclaró la garganta y pasó a utilizar un lenguaje bastante más técnico que los dos, como médicos, entendían—. Sí, comenzamos el tratamiento antibiótico en cuanto extrajimos los hemocultivos. Aproximadamente un cinco por ciento de los pacientes sometidos a la misma quimioterapia que ella sufren neutropenia febril.

—¿Qué quimio está haciendo?

—Folfinirox. Es una combinación de cuatro medicamentos, que incluyen fluorouracilo y leucovorina. Según un estudio francés, el Folfinirox prolonga definitivamente la vida de los pacientes con cáncer de páncreas metastásico, pero hay que vigilar de cerca los episodios de fiebre. Por suerte, la enfermera de la prisión de Framingham estaba al tanto de eso. —Hizo una pausa para buscar el modo de hacerle una pregunta delicada—. Espero que no le moleste que le pregunte esto...

—¿Sí...?

Apartó la mirada, visiblemente incómodo con el asunto que estaba a punto de abordar. Era mucho más fácil hablar de recuentos de células sanguíneas, tratamientos antibióticos y datos científicos, porque los hechos no eran ni malos ni buenos, no eran susceptibles de juicio.

—En el historial médico de su madre no se menciona por qué está en prisión. Solo nos han dicho que la señora Lank

cumple cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. El guardia que se encarga de vigilarla insiste en que la tengamos siempre esposada a la barandilla de la cama y a mí eso me parece una barbaridad.

—Ese es su protocolo para presos hospitalizados.

—Se está muriendo de cáncer de páncreas y su fragilidad es manifiesta. No va a saltar de la cama y va a echar a correr. Pero el guardia nos ha dicho que es más peligrosa de lo que parece.

—Lo es —confirmó Maura.

—¿Por qué la metieron en la cárcel?

—Homicidios. Múltiples.

Miró a Amalthea por el ventanal.

—¿Esa señora?

—Ahora entenderá por qué va esposada. Y por qué hay un guardia a la puerta de su cubículo —añadió Maura, mirando de reojo al agente uniformado sentado junto a la puerta, supervisando la conversación.

—Lo siento —dijo el doctor Wang—. Debe de ser difícil para usted saber que su madre...

—¿Es una asesina? Sí. —«Y no sabe lo peor. No sabe lo del resto de la familia.»

Por el ventanal del cubículo, Maura la vio abrir despacio los ojos. Con un dedo huesudo la invitó a acercarse, un gesto tan espeluznante como si viniera del mismísimo Satanás. «Debería dar media vuelta y largarme», se dijo. Amalthea no merecía la compasión ni la bondad de nadie. Pero Maura tenía un vínculo estrecho con aquella mujer, el de las moléculas que la componían. Aunque solo fuera por ADN, Amalthea Lank era su madre.

El guardia observó atentamente a Maura mientras se ponía una bata y una mascarilla protectoras. No sería una visita privada: aquel hombre estudiaría todas sus miradas, sus ges-

tos, y los chismorreos volarían inevitablemente por todo el hospital. La doctora Maura Isles, la forense de Boston que había abierto con su bisturí incontables cadáveres, que seguía siempre de cerca el rastro de la Parca, era hija de una asesina en serie. La muerte era cosa de familia.

Amalthea miró a Maura con unos ojos negros como cuentas de obsidiana. El oxígeno silbaba suavemente por la cánula nasal y en el monitor que había por encima de la cama un pitido acompañaba a la gráfica de constantes cardiorrespiratorias, prueba de que hasta alguien tan desalmado con Amalthea tenía corazón.

—Al final has venido a verme —le susurró—, aunque juraste que no lo harías.

—Me han dicho que te encontrabas en estado crítico. Quizá esta sea nuestra última oportunidad de hablar y quería verte mientras aún me fuera posible.

—¿Porque necesitas algo de mí?

Maura meneó la cabeza con incredulidad.

—¿Qué iba a querer yo de ti?

—Así es como funciona el mundo, Maura. Todas las criaturas sensatas buscan una ventaja. Todo lo hacemos por interés.

—Será así para ti, no para mí.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Porque te estás muriendo. Porque no paras de escribirme pidiéndome que venga. Porque quiero pensar que puedo ser compasiva.

—Algo que yo no soy.

—¿Por qué crees que estás esposada a esa cama?

Amalthea hizo una mueca y cerró los ojos, apretando de pronto la boca.

—Supongo que me lo merezco —masculló.

Le brillaba el sudor en el labio y se quedó un instante muy quieta, como si cualquier esfuerzo, incluso el respirar, le re-

sultara insoportable. La última vez que la había visto, tenía una buena mata de pelo moreno salpicado de abundantes canas. Ahora ya solo le cubrían la cabeza unas pelusillas, supervivientes de un ciclo brutal de quimioterapia. Se le habían consumido las sienes y la piel le colgaba como una tienda de campaña desplomada sobre los huesos prominentes de su rostro.

—Parece que tienes dolor. ¿Necesitas morfina? —le preguntó Maura—. Voy a llamar a la enfermera.

—No. —Amalthea soltó despacio el aire—. Aún no. Quiero estar despierta para hablar contigo.

—¿De qué?

—De ti, Maura. De quién eres.

—Ya sé quién soy.

—¿Eso crees? —le dijo Amalthea con una mirada oscura e insondable—. Eres hija mía, eso no lo puedes negar.

—Pero no me parezco en nada a ti.

—¿Porque te criaron los bondadosos y respetables Isles de San Francisco? ¿Porque fuiste a los mejores colegios y tuviste una educación exquisita? ¿Porque trabajas en nombre de la verdad y de la justicia?

—Porque yo no he masacrado a una docena de mujeres. ¿O fueron más? ¿Ha habido otras víctimas que no consten en tu historial?

—Todo eso es pasado. Yo quiero hablar del futuro.

—¿Qué más te da? No vas a estar aquí.

Fue una crueldad decirle eso, pero Maura no estaba de humor para caridades. De pronto se sentía manipulada, como una marioneta, arrastrada hasta allí por una mujer que sabía bien de qué hilos tirar. Amalthea llevaba meses mandándole cartas. «Me muero de cáncer. Soy tu único pariente consanguíneo. Esta será tu última oportunidad de despedirte.» Pocas palabras pesaban más que «última oportunidad». Si la

dejaba escapar, se enfrentaría a toda una vida de remordimientos.

—Sí, estaré muerta —replicó Amalthea con naturalidad—. Y tú te quedarás sin saber quién es tu gente.

—¿«Mi gente»? —rio Maura—. ¡Ni que fuéramos una tribu!

—Lo somos. Pertenecemos a una tribu que vive de los muertos. Lo hicimos tu padre y yo. Lo hizo tu hermano. ¿Y no es curioso que también lo hagas tú? Piénsalo, Maura: ¿por qué elegiste esa profesión tan peculiar? ¿Por qué no eres profesora o empleada de banca? ¿Qué te lleva a destripar cadáveres?

—Es por la ciencia. Quiero entender las causas de su muerte.

—Claro, la respuesta intelectual.

—¿Hay otra mejor?

—Es por nuestro lado oscuro. Las dos lo tenemos, solo que a mí no me asusta, pero a ti sí. Encaras el miedo diseccionándolo con tu bisturí, como si eso fuera a desvelarte sus secretos, pero no funciona, ¿a que no? Eso no resuelve el problema.

—¿Qué es...?

—Que lo llevas dentro. Que ese lado oscuro forma parte de ti.

Maura miró a los ojos a su madre y lo que vio en ellos le secó la garganta. «¡Cielo santo, me veo a mí misma!» Reculó.

—Se acabó. Me has pedido que viniera y lo he hecho. No me mandes más cartas, porque no voy a responder. —Dio media vuelta—. Adiós, Amalthea.

—No eres la única a la que escribo. —Maura, que estaba a punto de abrir la puerta del cubículo, se detuvo de pronto—. Me entero de cosas, cosas que podrías querer saber. —Cerró los ojos y suspiró—. No pareces interesada, pero lo estarás. Porque pronto habrá más.

«¿Más qué?»

Maura vaciló junto a la puerta; no quería que la enredara. «No contestes —se dijo—. No te dejes atrapar.»

La salvó el móvil, una vibración grave en el bolsillo. Salió del cubículo sin mirar atrás, se quitó furiosa la mascarilla y se buscó el teléfono bajo la bata.

—Doctora Isles —contestó.

—Tengo un regalito de Navidad anticipado para ti —le dijo la inspectora Jane Rizzoli en un tono demasiado liviano para la noticia que estaba a punto de darle—. Mujer, blanca, veintiséis años. Muerta en la cama, vestida.

—¿Dónde?

—Leather District. Un *loft* en Utica Street. Estoy deseando oír tu opinión.

—Dices que estaba en la cama... ¿En la suya?

—Sí. La ha encontrado su padre.

—¿Y seguro que ha sido un homicidio?

—Segurísimo. Pero ha sido el *post mortem* lo que ha puesto enfermo a Frost. —Jane hizo una pausa y añadió en voz baja—: O al menos confío en que haya sido *post mortem*.

—Por el ventanal del cubículo, Maura vio que Amalthea la observaba atentamente. Lógico: la muerte era el negocio familiar—. ¿Cuánto tardas?

—Un poco. Según el tráfico. Ahora mismo estoy en Framingham.

—¿En Framingham? ¿Y qué haces ahí?

No era algo de lo que le apeteciera hablar, y menos aún con Jane.

—Voy para allá —se limitó a contestar.

Colgó y miró a su madre moribunda. «Ya he terminado aquí. Ya no tengo que volver a verte más.»

En los labios de Amalthea se dibujó lentamente una sonrisa.

Cuando Maura llegó a Boston, ya se había hecho de noche y un viento gélido había encerrado a casi todos los peatones en interiores. Utica Street, una calle estrecha, estaba ya atestada de vehículos oficiales, así que aparcó a la vuelta de la esquina y se detuvo a inspeccionar la vía pública desierta. En los últimos días, habían tenido nieve, que luego se había derretido y había sido reemplazada por aquel frío polar, con lo que la acera presentaba el brillo traicionero del hielo. «Hora de volver al trabajo. Hora de dejar de pensar en Amalthea», se dijo. Que era exactamente lo que Jane le había aconsejado hacía meses: «No vayas a ver a Amalthea, no pienses en ella siquiera. Deja que se pudra en la cárcel».

«Ahora ya está hecho, se acabó. Me he despedido y la he sacado de mi vida.»

Bajó del Lexus y el viento le levantó el abrigo negro largo, calándole los pantalones de lana. Caminó todo lo rápido que se atrevió a hacerlo sobre el suelo resbaladizo, pasó por una cafetería y una agencia de viajes cerrada y giró hacia Utica Street, que se abría como un desfiladero entre almacenes de ladrillo rojo. En otro tiempo, aquel había sido un distrito de peleteros y mayoristas. Muchos de aquellos edificios decimonónicos se habían convertido en *lofts*, y lo que en su día

había sido la parte industrial de la ciudad era de pronto el barrio de moda entre los artistas.

Bordeó los cascotes de una obra, que bloqueaban parcialmente el acceso a la calle, y vio al fondo las luces azules del coche patrulla, titilando a modo de siniestra baliza. A través del parabrisas pudo ver las siluetas de los dos patrulleros sentados en él, con el motor en marcha para mantenerlo caldeado. Cuando se acercaba, uno de ellos bajó la ventanilla.

—¡Hola, doctora! —le dijo sonriente—. Se ha perdido lo mejor. La ambulancia acaba de marcharse.

Aunque le sonaba su cara y era evidente que él la conocía, Maura no tenía ni idea de cómo se llamaba, algo que le pasaba demasiado a menudo.

—¿«Lo mejor»? —repitió.

—Rizzoli estaba dentro hablando con un tío que de pronto se ha agarrado el pecho y ha caído redondo. Un infarto, seguramente.

—¿Sigue vivo?

—Seguía cuando se lo han llevado. Tendría que haber estado aquí. Les habría venido bien un médico.

—No es mi especialidad. —Miró al edificio—. ¿Rizzoli aún está dentro?

—Sí. Suba las escaleras. Es un apartamento precioso. Un buen sitio para vivir, si no la palmas antes.

Cuando subieron la ventanilla, los oyó reírse de su propio chiste. Broma de muertos, ja, ja. Ni puñetera gracia.

Pese al fuerte viento, Maura paró un segundo para sacar los cubrezapatos y los guantes y luego entró sin ganas en el edificio. Cuando la puerta se cerró de golpe a su espalda, la detuvo en seco la imagen de una chica salpicada de sangre. En la pared del vestíbulo, a modo de macabra bienvenida, había un cartel de *Carrie*, con un detalle de una masacre a todo color que sobresaltaría a cualquiera que entrase por la puer-

ta. Toda una galería de carteles de películas adornaba la pared de ladrillo rojo por la que ascendían las escaleras. Mientras subía los peldaños, pasó por delante de *El día de los trífidos*, *El pozo y el péndulo*, *Los pájaros* y *La noche de los muertos vivientes*.

—Por fin —dijo Jane desde el descansillo de la segunda planta—. Imagina llegar a casa todas las noches y toparte con esa imagen tan alegre —añadió, señalando el cartel de *La noche de los muertos vivientes*.

—Todos estos carteles parecen originales. No son de mi gusto, pero seguro que son muy valiosos.

—Entra, que te vas a llevar una buena dosis de algo que tampoco es de tu gusto. Del mío no, desde luego.

Maura siguió a Jane al interior e hizo una pausa para admirar las inmensas vigas de madera del techo. El suelo aún conservaba sus tablones originales de roble, acuchillados y resplandecientes. Unas reformas de buen gusto habían transformado lo que en su día fuera un almacén en un *loft* asombroso con paredes de ladrillo que no estaba ni mucho menos al alcance de cualquier artista muerto de hambre.

—Mucho más bonito que mi apartamento —dijo Jane—. Me mudaba aquí ahora mismo, pero antes me desharía de esa cosa espeluznante de la pared —añadió, señalando el monstruoso ojo rojo que las miraba desde el cartel de otra película de terror—. ¿Te has fijado en el título?

—¿Te veo? —preguntó Maura.

—No lo olvides. Podría ser importante —dijo Jane en tono siniestro.

Cruzó con Maura la cocina abierta y pasaron delante de un jarrón lleno de rosas y lirios frescos, un espléndido toque primaveral en aquella noche de diciembre. En la encimera negra de granito había una tarjeta de una floristería con «¡Felicidades! Besos, papá» escrito en tinta púrpura.

—¿Dices que la ha encontrado su padre? —preguntó Maura.

—Sí, es el dueño del edificio. La dejaba vivir aquí sin pagar alquiler. Por lo visto, hoy iban a comer juntos en el Four Seasons para celebrar el cumpleaños de ella. Como no aparecía ni contestaba al móvil, su padre ha venido hasta aquí para ver si estaba bien. Me ha dicho que la llave no estaba echada, pero el resto le ha parecido normal. Hasta que ha llegado al dormitorio. —Jane hizo una pausa—. Cuando me lo estaba contando, se ha puesto blanco, se ha agarrado el pecho y hemos tenido que pedir una ambulancia.

—Uno de los patrulleros de abajo me ha contado que seguía con vida cuando se lo han llevado.

—Pero no pintaba bien. Con lo que hay ahí dentro, ha habido un momento en que he pensado que teníamos que pedir otra ambulancia para Frost.

El inspector Barry Frost estaba de pie al fondo del dormitorio, anotando algo, muy concentrado, en su cuadernillo. Su palidez invernal era más acusada de lo normal y, cuando entró Maura, apenas fue capaz de saludarla con la cabeza. La forense lo miró de soslayo; le interesaba más la cama, donde se hallaba tendida la víctima. La joven yacía en una pose extrañamente serena, con los brazos pegados al cuerpo, como si se hubiera tumbado sobre la colcha para echar una cabezadita, vestida. Iba toda de negro, con mallas y un suéter de cuello vuelto, lo que resaltaba la blancura fantasmal de su rostro. También su pelo era negro, pero las raíces rubias revelaban que el azabache no era su tono natural. En las orejas llevaba múltiples *piercings* dorados de bolita y en la ceja derecha le brillaba un arete también dorado, pero fueron los boquetes que se abrían bajo sus cejas lo que dejó estupefacta a Maura.

Tenía vacías las cuencas de ambos ojos. Se los habían sacado y le habían dejado únicamente unos huecos sanguinolentos.

Atónita, Maura le miró la mano izquierda, alertada por lo que parecían dos canicas espantosas depositadas sobre la palma abierta.

—Y por eso esta va a ser una noche divertida, chicos y chicas —dijo Jane.

—Enucleación ocular bilateral —comentó Maura en voz baja.

—¿Eso qué es, un eufemismo médico de «le han sacado los ojos»?

—Sí.

—Me encanta ese giro clínico tan aséptico y agradable que le das a todo. Así el que lleve los ojos en la mano resulta mucho menos espantoso.

—¿Qué sabéis de la víctima? —preguntó Maura.

A regañadientes, Frost levantó la vista de su cuadernillo.

—Cassandra Coyle, veintiséis años. Vive... Vivía sola; sin novio en estos momentos. Cineasta independiente, con compañía propia llamada Crazy Ruby Films. Trabaja en un pequeño estudio de South Street.

—También ese edificio es propiedad de su padre —añadió Jane—. Está claro que la familia tiene dinero.

—El padre dice —prosiguió Frost— que la última vez que habló con la víctima fue ayer, hacia las cinco o las seis de la tarde, cuando ella salía del estudio. Ahora iremos allí para interrogar a sus compañeros e intentar averiguar la hora exacta en que la vieron por última vez.

—¿Qué clase de películas hacen? —preguntó Maura, aunque la respuesta había quedado ya patente por los carteles que decoraban el *loft*.

—Pelis de miedo —contestó Frost—. Según su padre, acababan de terminar de rodar la segunda.

—Y eso explica su forma de vestir —dijo Jane, mirando los múltiples *piercings* de la víctima y su pelo teñido de negro

azabache—. Pensaba que lo gótico estaba pasado de moda, pero esta chica clavaba ese estilo.

De mala gana, Maura se centró de nuevo en lo que la víctima llevaba en la mano. La exposición al aire había secado las córneas y aquellos ojos azules que en su día habían brillado de pronto eran apagados y vidriosos. Aunque los músculos seccionados se habían encogido, pudo identificar los tres rectos y los tres oblicuos, que controlan con absoluta precisión los movimientos del ojo humano. Aquellos seis músculos, funcionando en intrincada colaboración, permitían a un cazador seguir a un pato en el cielo, a un estudiante repasar un libro de texto...

—Por favor, dinos que ya estaba muerta cuando le han hecho... eso —dijo Jane.

—Por el estado del músculo orbicular, las enucleaciones parecen *post mortem*.

—¿Del músculo qué?

—Los párpados. ¿Ves que casi no hay daños externos en los tejidos? Quien le haya extirpado los globos se ha tomado su tiempo, y eso habría sido difícil si hubiera estado viva y forcejeando. Además, la pérdida de sangre es mínima, lo que indica que no tenía pulso. Cuando le hizo el primer corte, el sistema circulatorio ya estaba parado. —Maura hizo una pausa para estudiar las cuencas vacías—. El simbolismo es fascinante.

Jane se volvió hacia Frost.

—¿Ves como iba a decir eso?

—Los ojos se consideran las ventanas del alma. A lo mejor al asesino no le gustó lo que vio en los de ella. O no le gustó cómo lo miraba. A lo mejor se sintió amenazado por su mirada y decidió extirparle los ojos.

—O igual tuvo algo que ver su última película —terció Frost—. *Te veo*.

Maura lo miró.

—¿Ese es el cartel de su película?

—Ella era la guionista y la productora. Según su padre, era su primer largometraje. A saber quién la habrá visto. Igual algún tío rarito.

—A quien habrá inspirado —dijo Maura, mirando fijamente los dos ojos que la víctima llevaba en la mano.

—¿Habías visto antes algo así, doc? —preguntó Frost—. ¿Una víctima con los ojos extirpados?

—En Dallas —contestó Maura—. El caso no era mío, pero se lo oí comentar a un compañero. Mataron de un tiro a tres mujeres y les extirparon los ojos después. La primera extirpación fue de una precisión quirúrgica, como esta, pero con la tercera víctima hizo una chapuza. Por eso lo pillaron.

—Entonces..., era un asesino en serie.

—Que además tenía conocimientos de taxidermia. Después de que lo arrestaran, la policía encontró decenas de fotos de mujeres en su apartamento y había recortado los ojos de todas las fotos. Odiaba a las mujeres y lo excitaba hacerles daño. —Miró de reojo a Frost—. Pero ese es el único caso que conozco. Este tipo de mutilación no es corriente.

—Para nosotros es la primera —dijo Jane.

—Y espero que sea la última. —Maura agarró el brazo derecho de la víctima, intentó doblarlo por el codo y descubrió que la articulación no cedía—. La piel está fría, y el cuerpo, en pleno *rigor mortis*. Por la conversación telefónica que mantuvo con su padre, sabemos que seguía viva hacia las cinco de la tarde de ayer. Eso reduce el intervalo *post mortem* a un lapso de entre doce y veinticuatro horas. ¿Algún testigo que pueda ayudarnos a concretar la hora de la muerte? —dijo, levantando la cabeza—. ¿Cámaras de seguridad en la zona?

—En este bloque, no —contestó Frost—, pero he visto una en el edificio contiguo y parece que apunta justo a la entrada

de Utica Street. Puede que la grabara cuando iba para casa. Y con un poco de suerte, grabó a alguien más.

Maura le bajó el cuello del suéter a la víctima para comprobar si había cardenales o marcas de ligaduras, pero no vio nada. A continuación le levantó el bajo de la prenda para dejar el torso al descubierto y, con la ayuda de Jane, puso de lado el cadáver. Tenía la espalda de un púrpura intenso en las zonas donde se había acumulado la sangre después de la muerte. Apretó con un dedo enguantado la carne descolorida y descubrió que el *livor mortis* ya se había completado, lo que confirmaba que la víctima llevaba muerta por lo menos doce horas.

Pero ¿qué había causado aquella muerte? Salvo por la mutilación ocular, Maura no encontraba traumatismos.

—No hay heridas de bala, ni sangre, ni indicios de estrangulación —dijo—. No veo otras lesiones.

—Le extirpa los ojos, pero no se los lleva, sino que se los deja en la mano, a modo de retorcido obsequio de despedida —comentó Jane, extrañada—. ¿Qué demonios significa eso?

—Esa es una pregunta para un psicólogo —contestó Maura, irguiéndose—. Aquí no puedo determinar la causa de la muerte. A ver qué sale en la autopsia.

—Igual ha sido por sobredosis —sugirió Frost.

—Es muy probable. Los análisis de tóxicos nos darán la respuesta. —Maura se quitó los guantes—. La examinaré mañana a primera hora.

Jane salió del dormitorio detrás de su compañera.

—¿Hay algo que me quieras contar, Maura?

—No puedo decirte más hasta que haga la autopsia.

—No me refiero al caso.

—No tengo claro a qué te refieres.

—Por teléfono me has dicho que estabas en Framingham. Por favor, dime que no has ido a ver a esa mujer.

Maura se abrochó el abrigo con calma.

—Lo dices como si hubiera cometido un delito.

—O sea, que has ido. ¿No quedamos en que te mantendrías alejada de ella?

—Amalthea está ingresada en la UCI, Jane, por complicaciones derivadas de la quimioterapia, y no tengo ni idea de cuánto más vivirá.

—Te está utilizando, aprovechándose de tu compasión. Por favor, Maura, te va a volver a hacer daño.

—¿Sabes qué?, que no me apetece hablar de esto.

Sin mirar atrás, Maura bajó las escaleras y salió del edificio. En el callejón, soplaban un viento gélido que le azotaba el pelo y la cara. Camino del coche, oyó que la puerta del edificio se cerraba otra vez de golpe. Al volverse, vio que Jane la seguía.

—¿Qué quiere de ti? —le preguntó.

—Se muere de cáncer, ¿qué crees que quiere? ¿Un poco de compasión, quizá?

—Te come el tarro. Sabe controlarte. Recuerda lo que le hizo a su hijo.

—¿En serio crees que yo podría ser como él?

—¡Pues claro que no! Pero tú misma lo dijiste una vez: que habías nacido con la vena oscura de los Lank. Encontrará un modo de usarlo en su beneficio.

Maura desbloqueó las puertas del Lexus.

—Ya tengo problemas de sobra. No necesito un sermón tuyo.

—Vale, vale —dijo Jane, levantando las manos en señal de rendición—. Solo me preocupo por ti. Siempre has sido muy lista. No hagas ninguna tontería, por favor.

Maura la vio volver a grandes zancadas al lugar de los hechos, al dormitorio donde yacía una mujer muerta, con el cuerpo agarrotado por el *rigor mortis*. Una mujer sin ojos.

De pronto recordó las palabras de Amalthea: «Pronto habrá más».

Volviéndose, exploró rápidamente la calle, inspeccionando todos los portales, todas las ventanas. ¿Era un rostro aquello que la observaba desde la segunda planta? ¿Se había movido alguien en el callejón? Mirara donde mirase, imaginaba siluetas siniestras. De eso la había advertido Jane. Ese era el poder de Amalthea: había corrido la cortina para dejar al descubierto un paisaje de pesadilla en el que todo estaba pintado en sombras.

Temblando, subió al coche y arrancó el motor. Soplaban un aire helado por la rejilla de la calefacción. Era hora de irse a casa.

Hora de huir de la oscuridad.